

Comenzamos el tiempo de Adviento, con un nuevo Ciclo litúrgico (A) en el que el evangelio propio es el de S. Mateo.

El Evangelio de san Mateo está dirigido a probar que Jesucristo es el Mesías anunciado por los profetas y que en Él se cumplió todo lo que los profetas habían anunciado. El tema mesiánico es muy conveniente en estos turbulentos tiempos de eclecticismo religioso que vivimos, incluso en la misma Iglesia católica.

La pretensión fundamental de San Mateo es la de realizar una delimitación ética con respecto al pueblo de Israel, que también lo separa del paganismo, mediante el espíritu de una «justicia superior». Nosotros estamos también ahora, en este momento de la historia en esa búsqueda “de una justicia mejor”.

Con su programa de una «justicia mejor» San Mateo tropieza con una dificultad inevitable al intentar integrar a todos los grupos en su comunidad: no todo el mundo es capaz de vivir en la práctica un espíritu tan estricto. Si las deficiencias éticas de cada uno se pueden tolerar es porque la noción de perdón se encuentra en el centro de la ética de San Mateo. Esta realidad de las comunidades con las que se encuentra San Mateo, continua siendo plenamente real hoy, después de casi 2020 años de cristianismo.

Meditar en este año con el evangelio de San Mateo es una bendición del Señor, que nos permitirá beber de la misericordia divina, para continuar siendo “iconos de la misericordia para nuestros contemporáneos”.

San Mateo pone de relieve la autoridad del único Maestro, Jesús. Tiene la esperanza de que este Maestro hable por medio de su evangelio. Todas las demás autoridades pierden fuerza donde Jesús se convierte en el Señor.

El sueño de Mateo: una iglesia que evidencie el único señorío de Jesús, no deja de ser el sueño de muchos cristianos y cristianas hoy, que continuamos caminando en las múltiples y coloridas comunidades cristianas, parroquias, movimientos y otras realidades eclesiales .

Este adviento el Secretariado de espiritualidad sugiere una reflexión para las distintas comisiones de la casa, centradas en un doble lema: cristológico y mariológico y fundamentada en la actitud vigilante.

La persona vigilante es la que no se deja vencer por el sueño del desánimo, de la falta de esperanza, de la desilusión” y al mismo tiempo “rechaza la solicitud de tantas vanidades de las que desborda el mundo y detrás de las cuales, a veces, se sacrifican tiempo y serenidad personal y familiar

*Y todo, guiados por el espíritu creador y fiel del Padre, como nos anuncia Isaías en la primera lectura del domingo primero de adviento (Is 2,1-5).*

Valencia, 28 de noviembre 2019.